

# TRAVESIA DE LOS MONTES DE VITORIA

POR GERARDO LZ. DE GUEREÑU

Al Sur de la llanada alavesa, próxima a la capital, una serie de alturas, con ligeras ondulaciones, forman el horizonte visible hacia esa parte, sirviendo de muga o límite a las tierras del Condado de Treviño con Alava.

Su orientación es casi perfecta y continua de oriente a occidente; su mayor elevación, en el Este, la encontramos en los restos del antiguo castillo de Capilduy, mientras, en su extremo opuesto, donde antaño se elevaba la hoy desaparecida fortaleza de Zaldiarán, sustituida por magnífica cruz de hierro, tenemos el punto más encumbrado de esta zona. El pequeño macizo que nos ocupa, presenta en su dilatada extensión varios puntos más bajos, que, naturalmente, sirven de paso y comunicación a los pueblos de la llanada con los campos treviñeses.

Nuestra marcha pensamos efectuarla desde la estación de Ullibarri Jáuregui, ascendiendo a Ichogana y, continuando en dirección Oeste, llegar hasta Zaldiarán. De aquí, por el espolón que, desprendido de los montes de Vitoria, se interna hacia el Norte en nuestra llanada, marcharemos hasta la picota de Gomecha, descendiendo luego hasta Vitoria.

Travesía algo pesada por su larga duración y extenso recorrido, pero sumamente atractiva por los distintos y bellos panoramas que durante la misma iremos admirando, teniendo la gran ventaja de que puede interrumpirse en cualquier momento pues, sobre todo desde Palogan, el itinerario forma un arco de circunferencia, cuyo centro, con escasa diferencia, puede establecerse en la vitoriana ciudad.

El primer tren de la mañana nos deja en Ullibarri Jáuregui, principio, según nuestros proyectos, de la excursión.

Bien afianzadas las mochilas, con excelente humor y esforzado ánimo, nos internamos por el bosque en demanda de la ermita de Santa Isabel. El camino va paralelo al arroyo del mismo nombre, y, prontamente, tenemos a nuestra vista la citada ermita, lugar del que no sólo usan, sino hasta abusan, los aficionados al campo, pues la excelente pradera que la rodea, el fresco y cristalino manantial que aflora en sus inmediaciones, y el pórtico del edificio, que permite acogedor refugio en caso de imprevisto temporal, hacen de este paraje uno de los más apropiados para el campista dominguero.

Dejaremos el barranco por el que discurren las aguas del riachuelo antes aludido, siguiendo por otro que, a su derecha, nos lleva sin variación sensible en la misma dirección que traíamos. Breve rato llevamos vertiente arriba, cuando de-

bemos cambiar de dirección hacia la izquierda, ascendiendo al collado existente entre los altos de Idiagana y del Ava. Abandonamos el camino anterior, que sigue hasta Azáceta, y, marchando hacia el Oeste, continuamos por las crestas hasta el mojón de Ichogana, sobre la ermita y refugio de San Vitor, el santo labrador que, desde las eras de Elorriaga, se trasladó, con el trillo y animales que lo arrastraban, a estas soledades. Un pequeño descanso, más que para reposar las fuerzas, para contemplar el maravilloso paisaje que tenemos a nuestros pies. Los montes de Vitoria, objeto de nuestra travesía, nos muestran sus altibajos hasta el desfiladero de las Conchillas. en Lapuebla de Arganzón, paso aprovechado por el Zadorra para su eterno caminar en su empeño, tenaz y porfiado, por alcanzar las aguas del Ebro, que le conducirán hasta el mar, aspiración y meta de las corrientes fluviales. Más adelante, la sierra de Badaya, inhóspita, pero atraente en su severidad; las alturas de Arrato; Gorbea, con sus estribaciones, y las elevadas tierras de Arlabán y Elguea, constituyen el cerco que rodea nuestra sin par llanada. Siempre admirada y siempre nueva en sus bellezas, una vez más nos recreamos a la vista de las aldeas que salpican su suelo y muestran su rústico caserío agrupado, con amoroso anhelo, en torno a la iglesia parroquial, mientras a su alrededor se extienden sus policromos campos, donde alterna el esmeralda de los sembrados, con el ocre de las tierras «llecas», mezclados, en desorden exquisito, con los tonos más oscuros de los montes bajos. Las blancas rayas de las carreteras flanqueadas de chopos, erguidos cual guerreras lanzas, semejan radios de colosal circunferencia cuyo centro converge en la capital: Vitoria, señora de toda la comarca por su situación y amplitud.

*Montes de Vitoria, desde las cercanías de Palogán.*

*(Foto Lz. de Guereñu)*



## PYRENAICA

Abandonamos estos lugares. Sin dificultad, por vereda fácil y conocida, alcanzamos el alto del puerto de Eguileta, cruzando la carretera cerca de la caseta de camineros enclavada en aquellos parajes. Sin senda marcada, y en la misma dirección que traíamos, pronto veremos unas heredades que flanquearemos por su derecha, hasta unirmos al camino que tiene su origen en la carretera antes citada y que nos servirá para proseguir cómodamente nuestra marcha.

Kapildui, nuestro primer objetivo de momento, se presenta ante nosotros; no obstante, no nos dejaremos engañar por su aparente cercanía y fácil acceso en línea recta, pues tendríamos que descender a profundos barrancos, derrochando inútilmente nuestras energías, para trepar luego por sus empinadas laderas. Preferible es continuar por el camino de que antes hemos hablado, que marcha, sin perder altura, entre los términos de Izarza y Berroci, hasta las llamadas Tierras Blancas, sigue ascendiendo por las vertientes occidentales de Kapildui, y nos coloca, con pequeño esfuerzo, en las ruinas que coronan su cúspide. El arbolado que cubre este monte hasta su parte alta, dificulta la visibilidad e impide contemplar el panorama en toda su extensión.

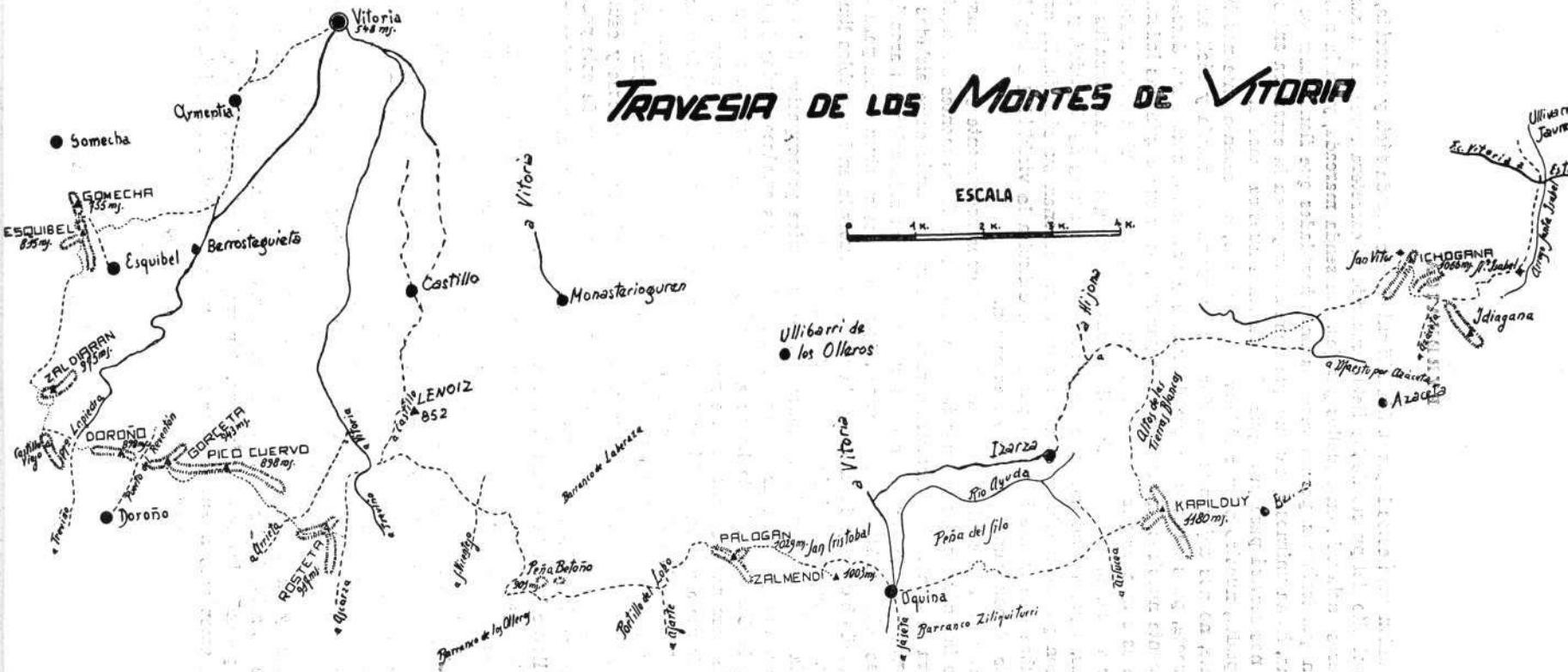
Volvemos a la senda que traíamos. Caminamos brevemente con el mismo derrotero inclinándonos, poco más tarde, a la vista ya de los montes de Izquiz y de la sierra de Cantabria, a nuestra derecha. La ruta continúa entre aisladas hayas, por suave suelo de hierba, entre la que destaca, con rojo color, las aromáticas y sabrosas ALUBICAS (fresa silvestre). Aprovechamos su abundancia para darnos un pequeño banquete de la exquisita fruta, tan buscada en los pueblos limítrofes para la confección de deliciosas confituras.

Toda señal de vereda desaparece. Nuestra única preocupación debe ser no perder altura, y conservar siempre a la izquierda las grisáceas peñas de la Cordillera de Cantabria, hasta llegar a lo que podemos considerar la mayor elevación del terreno que actualmente recorreremos. La ladera que, bruscamente, desciende frente a nosotros, está cubierta de espeso hayedo; los pies se hunden en el muelle colchón formado por las hojas secas de años anteriores, y, suave, apaciblemente, nos deslizamos hasta las cercanías de la Peña del Silo, lugar terrorífico, con la profunda sima abierta en su altura, escenario de numerosas y cautivadoras leyendas que no son del caso referir ahora, apartándonos de este poético alpar que, según cuentan, horrible lugar, y, por la orilla de unas heredades, nos dejamos llevar hasta la escondida aldea de Oquina.

El Ayuda, niño todavía, pues nace, poco más arriba, en las inmediaciones de Izarza, cruza, con el cristal de sus aguas, irisadas, cara al sol mañanero, las casas del lugar, apiñadas en la pequeña explanada que se forma al pie de Zalmendi y San Cristóbal por un lado, y la ya nombrada del Silo por el otro. Aguas arriba y abajo, los campos, todavía sin madurar, forman una cinta verde a ambos lados del arroyuelo. Los avellanos y matorrales, de MORAS y ANDRINAS cubren los floridos ribazos y las márgenes del río, juguetón y saltarín, mientras, más alta de las heredades, los peñescales que parecen trepar hasta Urdagara y Elespuru, así como los que dominan el barranco de Ziliquiturri, nos muestran sus recortadas y fantásticas siluetas de claro color, que contrasta con el tono sombrío de los retorcidos robles que crecen en sus aldeaños.

Un pequeño descanso se impone. Almorzamos junto a la fuente, orillas del Ayuda, amenizado nuestro yantar por el suave rumor de su inquieta corriente.

# TRAVESIA DE LOS MONTES DE VITORIA



Poco dura la parada, debemos continuar. El camino sube ahora, con bastante declive, por la cara de Zalmendi, cuya cumbre alcanzamos prontamente. Bonito y suave paseo por las crestas, nos lleva hasta Palogán; en sus faldas tenemos el manantial de Bostiturri, que no visitamos por considerar innecesarios sus servicios. Proseguimos por la divisoria hasta el barranco de Ajarte, que cruzamos por su cabecera. El camino va ahora por la vertiente sur del macizo; menos de una hora llevamos desde el nombrado Palogán, cuando quedan a nuestra derecha las peñas de Azkorri y Betoño. Poco más adelante pondremos rumbo a Vitoria, aunque una vez cruzada la divisoria lo enmendaremos, volviendo a nuestra primitiva orientación, que no abandonaremos ya hasta llegar a los caseríos de Pieza Vitoria y, enseguida, a la carretera del puerto, donde, de común acuerdo, nos detenemos para comer.

Tras breve refrigerio, nos ponemos una vez más en marcha. Atravesamos la carretera, continuando por camino de blando piso arenoso que, al poco tiempo, penetra en un bosquecillo de hayas, a cuyo término nos encontramos en la arista de Rosteta, por la que ascendemos entre brezos y retama, hasta alcanzar su mayor altura. Desde la cumbre debido a su despejada situación se domina una de las vistas panorámicas más deliciosas del recorrido, por su amenidad en términos y perspectivas, distinguiéndose al Norte toda la llanada, encuadrada, cual espléndido telón de fondo, por la hosca sierra de Badaya que, por Arrato, se une al grandioso Gorbea; a la derecha tenemos las masas calizas de Echagüen, culminando en el gigante Amboto; la recortada crestería de Udalaiz, Arlabán, las cumbres de Elguea y el macizo de Aitzkorri, con el aislado pico de Aratz. Al otro lado del boquete de la Burunda las Sierras de Urbasa y Entzia, que llegan hasta las alturas de San Víctor de Gauna, principio de nuestra excursión, completan las montañas que encierran la vitoriana planicie. Al mediodía atisbamos las tierras de Treviño, con sus innumerables cerros y colinas, tras los que, en ocasiones, se ocultan los pueblos del Condado, culminando el terreno en las sierras de Toloño, Cantabria y Codés, que dejan entrever tras ellas, las nevadas cumbres de Urbión, Cameros y San Lorenzo.

Suave bajada hasta el collado por donde pasa el camino de Arrieta, cerca de un excelente manantial, seguida de media hora de ascensión, nos conducen a la cima de Arrieta, que, por su posición, nos ofrece parecido paisaje al descrito anteriormente. Breve paseo por sus crestas, y, tras rápido descenso por enmarañado hayedo, alcanzamos el puerto del Reventón.

Nuevamente nos lanzamos a trepar, culminando seguidamente Doroño, una más entre las numerosas alturas de esta pequeña serranía, que no presenta variación apreciable en su punto de vista. Otra vez debemos efectuar una bajada espectacular, aminorada por la espesa capa de hojas secas desprendidas del casi impenetrable bosque que cubre esta vertiente, llegando así al puerto de Lapiedra, punto de paso de la nueva carretera que, por Berrosteguieta, se dirige a la villa de Treviño.

Cerca de la llamada Fuente Sagrada, parte un camino que pasa por el collado formado entre Zaldiarán y Randalanda, continuando hasta los pueblos treviñeses de Meana y Lezana. Abandonamos esta ruta; una senda, penosa por el gran desnivel de esta ladera, nos eleva, fatigosamente, a la cumbre de Zaldiarán, donde todavía se advierten las señales de antigua edificación. Tiempo invertido



*Berrostequieta, al pie de Zaldiarán.*

*(Foto Lz. de Guereña)*

desde nuestra salida del Puerto de Vitoria, poco más de dos horas. Panorama parecido al de los montes anteriores.

Descendemos, siguiendo un momento la crestería hasta el Oeste, encontrando, poco más allá, una vereda que, internándose, al principio, bajo espesa enramada, nos conduce al castillo de Esquibel, cuyas ruinas vemos, hacia el Norte, allá a lo lejos. Poco más de media hora llevamos desde Zaldiarán, cuando dejamos el camino que traíamos, que se bifurca formando dos ramales que se dirigen, respectivamente, a las aldeas de Gomecha y Esquibel, y, por sendas apenas marcadas, nos lanzamos a coronar, abriéndonos paso entre robles y chaparros, los restos de la fortificación que, en la cúspide de este monte, aún se conserva. El paisaje cambia un tanto, al permitirnos observar, tras la picota de Gomecha, el curso del Zadorra, que, ciñéndose apretadamente a la parte baja de Badaya, cruza los términos de Trespuentes, Villodas y Nanclares.

Cruzado el riachuelo de Esquibel y el montecillo de Armentia, llegamos a esta aldea, hoy humilde y trabajadora, que sólo ve alterado su habitual sosiego en los días del Patrón de Alava, San Prudencio, y que, siglos pasados, tuvo el honor de albergar en su recinto la sede episcopal que, huyendo de los sarracenos, debió renunciar a su primitivo emplazamiento, acogiéndose a estos lugares.

Dejamos a nuestra espalda la antigua basílica y población de Armentia, y en corto tiempo, por el itinerario que más plazca a cada uno, arribamos a la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Vitoria.